



Dócil Aro Sáinz de la Maza

Serie Milo Malart



DESTINO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Prólogo

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

Martes

9

10

11

12

13

14

Miércoles

15

SEGUNDA PARTE

16

17

18

19

20

21

22

Jueves

23

24

25

26

TERCERA PARTE

27

28

29

30

Viernes

31

32

33

34

35

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

El lunes al amanecer un joven se presenta en comisaría. Va empapado de sangre de pies a cabeza. «Todos están muertos», balbucea, y acto seguido se desmaya. El análisis de sus ropas constata que la sangre pertenece, como mínimo, a tres personas. ¿Se encuentran ante una víctima más, un superviviente? Pero, entonces, ¿por qué guarda silencio cuando recupera el conocimiento? Cabe otra posibilidad: que se trate de un asesino múltiple. Sin embargo, todo su entorno lo define como un chico dócil, incapaz de matar a una mosca. ¿Qué es en realidad Lucas Torres?

Milo Malart, policía judicial de los Mossos, vuelve a su puesto después de unas vacaciones forzadas. El caso con el que se enfrenta será uno de los más sanguinarios y complicados de su carrera y el principal sospechoso es un joven que esconde muchos secretos.

Una historia donde se mezclará la investigación, una ciudad convulsa, los problemas familiares y sus demonios interiores

DÓCIL

Aro Sáinz de la Maza

Ediciones Destino

Para Beatriz, por supuesto, más que nunca

No entres dócilmente en
esa buena noche.
Rabia, rabia ante la muer-
te de la luz.

DYLAN THOMAS

Prólogo

Barcelona, mayo del año anterior

Sacó el iPhone y empezó a filmarla. Había descubierto a la chica después de acechar la casa varios días. Cabello liso y corto, de muchacho. Ojos grandes y redondos en una cara ovalada, la boca ancha y la nariz respingona, con un *piercing* de plata en el tabique, y las orejas algo puntiagudas, como un elfo. Sería de su edad, más o menos. De baja estatura, ni gruesa ni delgada, daba la impresión de que no le gustaba hacer deporte. Como a él. Solía vestir de oscuro, pantalones y camisetas negras y botas de media caña, y no parecía importarle mucho su imagen. Como a él. Iba según su idea de la comodidad, sin pertenecer a ninguna tribu urbana en concreto. Como él. Hoy la había seguido hasta la plaza de Cataluña, donde se había detenido ante el escaparate de la tienda de tecnología con el logo de la manzana mordida. Tomó un plano general y, luego, uno medio. Su frente apoyada en el cristal, la mirada ensoñadora, ausente del mundo a su alrededor, la expresión arrebolada ante unos aparatos de última generación que apenas se veían desde la calle. Se preguntó por qué no entraba a curiosear. A lo mejor le ocurría como a él, que no le gustaba la gente ni estar rodeado por la multitud. Una solitaria, se dijo. Y algo más. Tenía el aire de un pájaro herido, de alguien que tampoco acababa de encajar en ningún sitio.

Ella también era diferente. Especial. El pulso comenzó a temblarle.

Por una chica como aquella podría dejar correr el asunto.

Solo había un problema.

Su padre era el sicario que había hecho pedazos su vida.

En varias ocasiones había creído reconocerlo por la calle, pero aquella vez estaba seguro. Lo siguió hasta su domicilio, averiguó dónde vivía. Necesitaba saber por qué hizo lo que hizo. Comenzó a pensar como un asesino. Entonces había visto a su hija y pensó que sería la llave perfecta para entrar en la casa de aquel hombre. Cambió de objetivo y se pegó a ella como una sombra. Hasta que advirtió las similitudes entre ambos. No se la podía quitar de la cabeza. Y ahora dudaba. Aquella chica había despertado poco a poco su deseo de dejar de ser un muerto en vida, alguien que solo imitaba a los demás, y de abandonar el espacio oscuro del sótano para asomarse al mundo real. Paró de filmar. Anhelaba acercarse a ella. Conocerla. Una oportunidad.

La última.

PRIMERA PARTE

Lunes

1

Y otro golpe, y otro, y otro más.

La mosca caminó sobre la sangre de su cara y siguió hacia los labios, donde se unió a otra que también pretendía colarse por la boca entreabierta. Las sopló con gesto dormido. La mano que sujetaba la piedra subía y bajaba hasta impactar contra el rostro que tanto quería. El crujir de huesos, las salpicaduras. Se despertó. De fondo oyó unas voces apagadas. Aturdido, de nuevo con la mente nublada, parpadeó varias veces hasta aclarar la vista. Abrazaba un cuerpo ensangrentado en el suelo y se apartó. Luego, se incorporó a duras penas. El dolor le martilleó la cabeza mientras un mareo lo obligaba a permanecer quieto unos segundos. Al cabo, salió de la cocina con paso inseguro y subió descalzo a la planta superior. Una vez en el pasillo, procuró no pisar el charco de sangre ni el cadáver y empujó levemente con el hombro la puerta del cuarto de la pequeña. Dormía con placidez. Respiró hondo. Iba a ser la única superviviente. Como él. Marcada de por vida. Dejó la puerta entornada y bajó a la sala.

Contempló las lámparas rotas, las sillas volcadas, la sangre en el suelo, en las paredes. Por todas partes. No quiso fijarse en el resto de cuerpos y desvió la mirada hacia el televisor encendido, a volumen bajo. Lo ocurrido se abrió paso poco a poco en su mente. Una salida. Marcharse. Ya.

—Sábana, sabiduría, sabotaje, sacrificio...

Se dirigió hacia la puerta sintiéndose fuera de la realidad. A medio camino sintió un vahído y pensó en apoyarse en la pared para no perder el equilibrio. Se contuvo. Todo le daba vueltas.

—Sacrilegio, sádico, salida, salvaje...

Necesitaba salir de allí, respirar aire puro. Y, sobre todo, dejar de oír el zumbido de las moscas. Abrió la puerta con precaución. Aún no había amanecido y las farolas de la calle iluminaban el asfalto. La sensación de irrealidad se acentuó. No recordaba por qué estaba en aquella casa. Tuvo la súbita impresión de que alguien estaba a su lado, muy cerca, observándolo. Aterrado, se giró con lentitud. El espejo le devolvió su imagen. Vio su rostro tumefacto, el reguero rojo oscuro que bajaba desde la herida en la sien hasta el cuello, la sangre reseca que lo empapaba de pies a cabeza. Sus ojos. No se reconoció. Había cambiado. Era otro.

—Sanción, sandalia, sandía, san... sangre.

Antes de que las fuerzas volvieran a abandonarlo, tomó impulsó y salió de la vivienda. Una fuerte ráfaga de viento lo hizo trastabillar. Cerró la puerta con dificultad y, encorvado, descendió los escalones, anduvo sobre la gravilla y traspasó la verja. Echó a andar hacia el parque. Se detuvo. Presintió peligro, podía estar escondido por el barrio, aguardando. Protección. Necesitaba protección. Dio media vuelta y se dirigió hacia la montaña para alejarse de la zona. Con paso renqueante, llegó a las escaleras que conducían a la avenida Miramar y cambió de letra.

—Paciente, pacífico, pacto, padecer...

Las señales de amenaza aumentaron. Debía ponerse a salvo con urgencia y aceleró el ritmo. Con las prisas, tropezó y se cayó en el último tramo. Una miríada de luces estalló en su mente mientras el resto se volvía oscuro y un alfile-